

Capítulo LXXII.

De necesidad virtud.

Temeroso el venerable caudillo de que aprovecharen su ausencia los rebeldes, de que se acercasen al fuerte de la Concepcion y sobornasen á sus soldados, no quiso ir hasta Santo Domingo; se quedó en el fuerte, y envió un emisario para que noticiase á Colon el resultado de su viaje.

No esperaba ciertamente el almirante, despues de las promesas que Carvajal en nombre de Roldan le habia hecho, aquella contestacion arrogante é insidiosa.

Reunió á sus hermanos, y formó parte de aquel cónclave de familia Antonio Colon, que admiraba tanto á su sobrino, y que tan dispuesto estaba á sacrificar su vida por él.

—Yo creo,—dijo Antonio, porque no conocia la verdadera situacion en que estaban,—que en vez de negociar con ellos debíamos salir por distintos lados los cuatro á perseguirlos para acabar de una vez con ellos.

—Esa medida puede ser funesta,—dijo Diego.

—Si por mí fuera,—dijo Bartolomé,—yo solo saldría á combatirlos, seguro de vencerlos; pero la prudencia aconseja agotar todos los recursos antes de emplear la fuerza.

—Tal es mi opinion,—dijo el almirante;—somos extranjeros, y han tenido muy buen cuidado de decirnoslo. Aunque hemos conseguido triunfos que han dado gloria á nuestro nombre, no quieren reconocer el mérito que con ellos hemos contraido, y sólo ven en nosotros hijos de una nacion extraña, que han alcanzado la proteccion de los reyes.

Esto es bastante para que no haya uno solo de entre los que están á nuestras órdenes que no sea nuestro enemigo.

Obligados por mi regidez á no cometer ninguna clase de desmanes, á no satisfacer sus brutales instintos, ven en la compañía de los rebeldes la satisfaccion de todos sus deseos: libertad, independendencia, el triunfo del vicio, el goce del botin.

Unidos todos, pueden más tarde probar que se han sublevado contra nosotros, y hacer que nuestros enemigos en España premien sus actos como una noble y enérgica protesta contra nuestra autoridad.

Dios sabe lo que habrán hecho á estas fechas mis

adversarios para sacar partido del castigo que di al miserable Briviesca en el momento de ir á darme á la vela; Dios sabe si aquel acto de justa indignacion habrá sido presentado á los reyes como una prueba de mi tiranía. Tacto, prudencia, humildad si es preciso: esta debe ser nuestra bandera.

—Pero á su sombra,—repuso Antonio,—crecen las familias de los sediciosos, merma tu autoridad y puede ser falta esta conducta.

—Voy á convencerlos,—dijo el almirante,—de que no son leales todos los que están á mis órdenes. El mismo Ojeda, cuya espada es una de las mejores de mi ejército, desea volver á España, y esto prueba que no puede contener á lossuyos. Pero no desconfío únicamente de las tropas que guarnecen la fortaleza; desconfío de los mismos soldados, de los mismos colonos de Santo Domingo y la Isabela.

Llamó á uno de sus capitanes.

—Convocad á todos los soldados,—le dijo;—llamad á los colonos que puedan sustentar las armas, y anunciadles que vamos á partir á perseguir á los rebeldes.

—¿Qué intentas?—preguntó Bartolomé.

—Convencerme y convencerlos de que con la fuerza no puede lograrse nada.

El capitán transmitió las órdenes del almirante, y al día siguiente fué á decir á Colón que no podía contar más que con sesenta hombres.

—¿Y los demás?—le preguntó.

—Los demás, señor, alegan mil excusas: unos

pretenden que están enfermos, otros que tienen parientes en la faccion y que no creen justo ir á luchar con ellos.

—¡Sesenta hombres nada más!—exclamó con amargura.

—Y de estos tendreis que rebajar la mitad, porque si aún no han hallado pretexto para eximirse de prestar servicios, lo encontrarán más tarde.

—Bien está; id á esperar mis órdenes.

Y volviéndose á sus hermanos:

—Ya lo veis,—les dijo;—vivimos sobre un volcan; la traicion nos rodea. Es necesario transigir.

Por lo pronto resolvió que partieran los buques, y fijó el día 18 de Octubre para que salieran del puerto.

Colón escribió á los soberanos una larga carta, que se conserva en los archivos, dándoles cuenta de la rebelion, del perdón que les habia ofrecido y de los atentados que temia.

Anunciábales, asimismo que Roldan deseaba que apareciese su desobediencia más que como un desatado, como producto de una protexta contra él y el adelantado.

Colón no podia ser juez imparcial, y rogaba á los reyes que enviaran orden á Roldan para que fuese á España á ser juzgado por sus majestades despues de oír á Alonso Sanchez Carvajal como amigo de los rebeldes, y á Miguel Ballester como hombre bueno, por decirlo así, de la autoridad legitima.

Todos aquellos sucesos los atribuia á su larga

permanencia en España, y á fin de que no se repitiesen en lo sucesivo, suplicaba á los reyes que miraran con atención los negocios de Indias, enviasen con regularidad buques cargados con provisiones, y demostrasen á los colonos que á pesar de la distancia no se les olvidaban.

Tenia que sincerarse del castigo que habia dado á Briviesca en los momentos de partir, y consagraba algunas líneas á referir la verdad, y á implorar de los reyes justicia, previniéndoles contra las asechanzas de sus enemigos.

Tanto para la conversion de los indios, como para contener á los colonos, necesitaba que se aumentara el número de los eclesiásticos, y pedia á los reyes enviaran nuevos misioneros á la colonia.

Asimismo les suplicaba que nombrasen un funcionario muy entendido en leyes, para que, con arreglo á las que regian en la metrópoli, pudiese juzgar á los que faltasen á ellas en la colonia.

Por el mismo correo en que partió la carta, comunicó á los reyes el viaje que acababa de hacer, y envió muestras preciosísimas del oro que habia adquirido y de las perlas que habia hallado en el Golfo de Pária.

Roldan supo por sus amigos de Santo Domingo la partida de los buques, y envió cartas á Fonseca justificando su rebelion, acusando al almirante y á sus hermanos de actos tiránicos é injustos, y manifestando que si delinquia estaba pronto á sufrir el castigo; pero que moriria tranquilo porque al obrar

como habia obrado, sólo habia sido obedeciendo al sentimiento del deber, sólo habia escuchado el grito de su conciencia, que le decia que no debia permitir los abusos que cometian los jefes de la colonia con los que desacreditaban á España, y hacian inútiles los sacrificios que habia costado la conquista de aquel territorio.

Las cartas de uno y otro partieron en los buques con casi todas las personas inútiles y perjudiciales que habia en la colonia.

Cada viaje de estos llevaba á España nuevos haces de leña para la hoguera que los enemigos de Colón atizaban, sin más objeto que destruir en ella su gloria, manchar su reputacion y fomentar la ingratitude, para pagar con ella los beneficios que habia dispensado á España aquel grande hombre.